

PABLO ÁLVAREZ ALMAGRO

Vengando a Erlinda

*Para mi padre.
Y para los Beach Boys.*

A MÍ ME PASA lo mismo que al maldito Bruce Wayne, nadie sabe que en realidad soy Batman. En el año ochenta dejé de creer en Dios. Acababa de cumplir doce años, recién había hecho la primera comunión y en el callejón que hay detrás de la casa de mis padres, persiguiendo un balón sin dueño, un niño que venía de frente se me adelantó y chutó, y el cañonazo seco y violento se detuvo en la boca de mi estómago. Recuerdo con toda claridad el sonido, el picor en la tripa, perder el aliento, caer hacia atrás y golpearme la cabeza contra el asfalto abrasivo salpicado de manchas secas de aceite de motor. No perdí la consciencia ni me dolió. Me quedé boca arriba mirando las nubes hasta que las caras asustadas de los otros jugadores me las taparon parcialmente, y durante un rato, no sé cuánto, no pude respirar; quería, sabía que debía hacerlo, pero no lo conseguía, el aire no me entraba en los pulmones. El mundo entero se me volvió primero borroso y después cegador, los rostros que me miraban preocupados perdieron sus rasgos distintivos y pasaron a ser todos idénticos, y la respuesta para la que ni siquiera había formulado nunca pregunta alguna se me presentó de súbito dentro de mi atónita mente. Puede que fuese por la falta de oxígeno, aunque yo me inclino a pensar que fue más bien por el fuerte golpe en el cráneo: tengo comprobado que, a veces, aunque solo a veces, para que la mente se nos active y las ideas vuelvan a correr libremente por sus circuitos naturales, los neuronales, no nos viene del todo mal un violento impacto en la testa, como les pasa también a algunos electrodomésticos y otros

aparatos eléctricos cuando, a pesar de estar correctamente enchufados a la corriente, se niegan tozudamente a arrancar. Y así fue como entendí que todo lo que me habían contado siempre en casa era mentira, no había ningún Dios, ni tampoco un cielo ni un infierno ni angelitos de mofletes sonrosados con alitas. Que cuando te mueres sencillamente se acabó, fin, apagón y ya. ¿No les parece que en realidad es un alivio? Solo entonces recuperaré el resuello y, de seguido, la verticalidad y la firme intención de continuar dando patadas a la bola como si nada hubiese pasado. *Estoy bien, perfectamente*, eso les dije a todos, porque si te gustan los competitivos y violentos juegos de los chicos, como me gustaban a mí, para que te respeten no puedes dar ni una sola señal de debilidad.

Quiero que sepan que bebo demasiado, que me alimento de lo que me dan las monjas en un comedor social o de lo que me encuentro en los contenedores de basura y las papeleras, y que unas veces duermo en el albergue para indigentes y otras, las más, al abrigo de algún cajero automático, entre cartones, siempre con un ojo abierto y vigilante no sea que unos adolescentes embrutecidos me rocíen con gasolina y me prendan fuego como a una tea. Mientras paseo por el parque sin horario ni rumbo me da por verbalizar en alto las conversaciones que se desarrollan autónomamente dentro de mi cabeza, y como tengo roto el tímpano derecho por culpa de uno de los muchos combates que perdí en mi vida, seguro que mi voz sonará muy alta, y puedo entender que la gente que se cruza conmigo en el camino piense que habré perdido la chaveta, cuando en realidad yo solo charlo con las múltiples voces de mi conciencia. Ahora mismo, mientras escribo esto, una de ellas me recuerda constantemente que no entiende cómo la humanidad entera no comprende que sería mucho mejor para el planeta si ninguno nos volviéramos a duchar ya nunca más. Por desgracia, mi memoria no funciona lo bien que debiera, es frágil y tiene más agujeros que un queso gruyer. Juana, una voluntaria de no sé qué ONG que es muy guapa y me gusta mucho y es muy buena y se preocupa mucho

por mí y siempre quiere saber si he cenado caliente y cuántos días hace que no me lavo o que no duermo bajo un techo no estrellado, y además nunca se olvida de traerme mi taza de chocolate caliente y un bocadillo de salchichón, que es el que más me gusta de todos aunque viene envuelto en un plástico fino y transparente que me cuesta mucho quitar para comérmelo, ella sabe también, igual que yo, aunque nunca me lo diga para no ofenderme, que mi cerebro, muy castigado a partes iguales por los muchos vinos y los incontables golpes, seguramente confunde sus conexiones y las retuerce incomprensiblemente, y cosas que son solo fruto de mi enfermiza imaginación se me presentan como nítidos recuerdos y, en cambio, acontecimientos verdaderos me parecen vagas reminiscencias de una confusa pesadilla infantil o fruto de una lejana tarde con mi madre de sesión continua en el cine Simancas, donde alguna vez fui realmente feliz. Muchas veces me ocurre que lo que empiezo como un relato coherente e inteligible muta de pronto sin previo aviso y sin ser yo consciente de ello en otro relato también coherente e inteligible pero sin relación alguna con el anterior, y la sucesión de ambos sin transición convierte al conjunto en un galimatías sin posible explicación ni sentido para mi oyente. Más allá de estos insalvables hándicaps que no afectarán en lo esencial a este relato, créanme si les digo que todo lo que voy a contar a continuación es verdad y ocurrió tal y como aquí aparece. Soy plenamente consciente de que esto es una confesión en toda regla y que llegado el momento pudiera ser utilizada en mi contra en quién sabe qué maldito tribunal. Asumo todas las consecuencias de mis actos, porque ni le tengo miedo a un Dios en el que hace mucho que no creo ni respeto ni acato ya ninguna de las leyes de los hombres.

ANTES DE CONTARLES CÓMO CONOCÍ a Romeo deberían ustedes saber que a él, en un día terrible, un cerdo, el cerdo de nuestra historia, le jodió la niñez y por tanto también la vida. Y les vendrá bien tener en cuenta que para entonces la mía ya me la había arruinado yo mucho antes, sin ayuda de nadie. De joven, imbécil de mí, soñé con dedicarme profesionalmente al boxeo y ganar un dorado cinturón y una bolsa de un millón de dólares en Las Vegas o en Atlantic City, ya ven ustedes qué soberana estupidez. Y lo intenté, puse en ello todo mi empeño, pero lo único que saqué fueron golpes y fracasos, y por supuesto jamás puse un pie en los Estados Unidos.

SI NOS ATENEMOS A lo que me contó después, cuando la obligué a confesármelo, porque ella al principio no quería, no hacía ni cinco minutos que Lola acababa de regresar a su casa. Venía de dejar a sus dos hijos en el campamento escolar de verano y en ese momento estaba en la cocina preparando unas albóndigas con tomate que pensaba darles a los niños para cenar. Oyó el timbre y fue a abrir la puerta. Después, y esto no me lo dijo, pero me lo imagino yo, habrá tenido que bajar un poco el cuello para mirar a los ojos negro azabache de su interlocutor y no al gotelé blanco amarillento de la pared del pasillo, concretamente a los ojos de un niño asiático de trece años, pero tan bajito y delgaducho que debajo de aquella gorra con visera de los Chicago Bulls que no se quitaba nunca salvo para acostarse y ducharse hubiese podido pasar por un mocoso de apenas diez.

—Hola.

—Hola, Romeo, ¿cómo estás?

Lola conocía a Romeo, eran vecinos del mismo bloque, un crío algo mayor que sus hijos, lo suficiente como para que jamás hubiese jugado con ellos. Probablemente esa era la primera vez que Romeo pulsaba aquel timbre, pero ella sabía quién era. Lola, que además de muy bella es una mujer muy discreta y poco amante de los cotilleos y chismorreos varios, muy de las de cada uno en su casa y Dios en la de todos, no había podido sin embargo evitar enterarse, gracias a radio patio, de la reciente muerte de la madre del joven Romeo y de la precaria situación en la que el chico se

había quedado, solo en este mundo, y claro, como madre que es sentiría una gran lástima. Y yo, ahora lo sé, asumo que él conocía esa carta y jugaba con ella a su favor.

—¿Qué quieres? Marcos y Mateo no están...

—No importa, casi mejor. Vengo a hablar con usted. ¿Puedo pasar?

Con esa seguridad y convicción en todo lo que hacía tan fascinante como desconcertante en un chico tan joven, y que además parecía aún más niño de lo que en realidad era, Romeo arrastró su mochila con una mano mientras sujetaba su monopatín con la otra, entró al salón, y allí se sentó en el sofá de tres piezas que lo preside, con su horrendo tapizado de paisaje bucólico con ciervos pastando, porque deben ustedes saber que entre las muchas bondades y talentos que posee Lola, a la que tanto quiero, respeto y adoro, no se encuentra el buen gusto para la decoración.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un colacao? ¿Zumo de naranja? ¿Unas galletas?

—No, gracias, muy amable, ya he desayunado.

Sin sospechar ni por asomo la que se le venía encima, Lola tomó asiento a su lado y le regaló no diría yo que la mejor de sus sonrisas, pero sí una bastante más apropiada para un niño tan desvalido y encantador.

—Bueno, pues tú dirás entonces, Romeo.

—Necesito su ayuda para una cosa, aunque pienso pagarle, claro. ¿Le interesaría ganar un dinerito extra?

—Vaya, Romeo, ¡qué sorpresa! ¿Te has metido en un negocio?

—Algo así. ¿Le interesa la pasta, sí o no?

—Bueno, sí me interesa la pasta, como tú dices, pero claro, no sé si yo voy a poder ayudarte. Yo ya tengo mi propio trabajo...

—Precisamente de eso se trata, de su trabajo.

Ahí a Lola se le debió torcer el gesto, y durante un instante seguro que perdió la capacidad del habla, temiéndose muy mucho

—y a la vez no queriendo creérselo todavía— que había sido descubierta por aquel renacuajo entrometido.

—No se preocupe y no ponga esa cara, que no va a pasarle nada malo a nadie. Hace un par de semanas tuve que ir a casa de un amigo, y cogí un autobús, el setenta y nueve, que atraviesa la Colonia Marconi y pasa también por delante del polígono industrial que hay allí. Sabe qué autobús le digo, ¿verdad?

Lola me contó que continuó muda un poquito más, y tan seguro como que las hamburguesas de McDonald's llevan plástico mezclado con la carne, ella querría salir del paso con la primera excusa medio creíble que se le ocurriese, y al no encontrarla, yo me imagino, aunque por supuesto esto no me lo dijo, que solo por un segundo sopesaría la aberrante posibilidad de estrangularlo allí mismo sobre los horrendos ciervos y librarse luego del cadáver picándolo todo muy menudito gorra incluida y preparando albóndigas con tomate como para una boda gitana, porque por muy buena y mucha madre que una sea, a veces, si te ves acorralada, es humano pensar en cosas así. De lo que sí podemos estar bastante seguros es de que estaría tan acojonada que no pudo articular una frase coherente ni mover un solo músculo hasta que Romeo le confirmó el desastre.

—Fíjese qué casualidad que la vi allí a usted al lado de un coche grande, un monovolumen. No sé de qué marca era porque estaba tan alucinado mirándola que ni me fijé, pero era de color gris metalizado. Y usted estaba... trabajando.

—Esto... ¿Una cocacola tampoco quieres?

—No, ahora no, muchas gracias, muy amable, puede que luego. Bien, vayamos al grano. Usted es puta...

—¿Qué dices, niño? ¿Es una broma?

—La vi perfectamente, el autobús estaba parado y usted estaba justo enfrente de mi ventana, a unos cinco metros. Llevaba una falda negra muy corta, un top rojo que le dejaba al descubierto más de la mitad de sus tetas y tacones muy altos, de esos de aguja. Y un bolso dorado y brillante, chiquitín. Pero no ponga esa cara. ¿No

querrá usted tomarse esa cocacola? De pronto se ha puesto pálida, dicen que va muy bien para los bajones de tensión porque lleva mucho azúcar.

—Si no te importa, ahora casi que preferiría una copa.

—Pues sírvasela, no sea tímida. Está en su casa, no tenemos ninguna prisa.

Lola volvió a la cocina, abrió el armario superior de la alacena, sacó una botella medio llena de J&B, quitó el tapón, lo utilizó como recipiente, se metió un primer chupito entre pecho y espalda, se estremeció, apoyó ambas manos contra el borde del fregadero y dejó caer el peso de su cuerpo hacia adelante. Entonces tomó aire y suspiró. Después se tomó otra ronda, cerró el frasco, lo guardó de nuevo mientras el ardiente aguafuerte bajaba en tromba por su esófago en dirección al estómago y regresó al salón, creyendo ingenuamente que con las ideas más claras y dispuesta a darle un rápido carpetazo a aquel inesperado y engorroso asunto.

—Bueno, Romeo, si esto es una broma, es muy pesada y no tiene maldita la gracia. Si no te importa, estoy cocinando y quiero dejar todo listo antes de irme a... a un sitio al que tengo que ir, así que...

—No debe preocuparse, no se lo he dicho a nadie, ni nadie tiene por qué saberlo. Además, no es asunto mío lo que usted haga en su trabajo...

—Mira, ahí sí que tienes toda la razón. ¡Venga, niño! No quiero ser maleducada, pero tengo prisa y esto ya ha ido demasiado lejos, así que vamos, a tu casa, o donde te dé la real gana, pero...

—... y usted siempre ha sido una buena vecina. No hay ninguna razón para que de pronto toda la casa, los niños del parque con los que juegan Marcos y Mateo por las tardes, y también todas sus madres, sepan que usted es puta, faltaría más.

—Oye, chaval, ¿me estás amenazando?

—No, en absoluto. Solo intento que comprenda que es de buena educación entre vecinos llevarse bien y escuchar amable-

mente las propuestas que estos nos hacen, más aún si uno puede salir beneficiado de ello, eso sería lo mejor para todos, ¿no cree?

Como cualquier ser humano con dos dedos de frente que hubiera tratado durante más de tres minutos seguidos con Romeo, Lola debió comprender entonces que debajo de aquella gorra y aquella apariencia de mosquita muerta escuchimizada se escondía una cabecita tan lista como terca, dispuesta a no dar nunca su brazo a torcer.

—Deja de decir gilipolleces y dime de una vez qué coño quieres, niño.

—Eso intento desde hace un rato. Usted es puta, y yo tengo dinero. ¿Le gustaría ganarse una comisión de... digamos... mil quinientos euros?

Lola me contó que en ese momento se le cruzó una imagen perversa por la mente y que su primer impulso fue cruzarle la cara, y que no sin esfuerzo se contuvo. Pensó después en amenazarlo con ir a su casa a contar allí lo que el cochino de Romeo quería proponerle, a ver qué decían, pero se acordó de que, que ella supiese, Romeo ya no tenía a nadie a quien denunciar la maldita ocurrencia del crío.

—Lárgate de mi casa, niño. Si tu lujuriosa cabeza ha pensado por un momento que yo...

—¿Qué? ¡No! ¿Cómo? ¿Ha pensado usted...? ¡No, ni de coña! No me ha entendido bien, solo soy un niño todavía... y usted es muy vieja, ¿cómo ha podido pensar...? ¡No, no! ¿Cómo se le ha podido ocurrir semejante... cosa?

—Pues... entonces, ¿de qué demonios va esto?

—¿Usted tiene un chulo?

—¿Qué?

—Un chulo. Ya sabe, un tío que se lleve parte de su dinero a cambio de protegerla, entre otras cosas de lo que pueda hacerle él mismo si no se deja usted extorsionar. Alguien peligroso y sin escrúpulos, pero de quien me pueda fiar, si le pago convenientemente, para que me ayude en algo... digamos que ilegal.

—No, yo no tengo de eso. Trabajo sola, para mí, por mis hijos.

—Vaya, qué lástima.

Con esa endiablada rapidez mental que le caracterizaba, Romeo solo necesitó de un segundo, dos a lo sumo, para saltar como si nada sobre aquel inesperado obstáculo.

—... aun así, por su trabajo, puede que conozca a alguien que sea de fiar, de confianza. Alguien a quien no le importe ganar una considerable cantidad de dinero, todo en negro, por hacer un trabajo poco convencional. Tiene que ser un tipo duro con una cierta experiencia en los bajos fondos, pero sobre todo alguien de confianza y, si necesita dinero urgentemente, mejor que mejor.

Lola iba a contestarle que ningún hombre que ella conociese o hubiese conocido nunca podía calificarse como de fiar o de confianza, y que por lo que tenía ya visto en la vida, que era bastante, comenzaba a pensar que pasaba lo mismo con todos a los que no conocía, y entonces Romeo se la jugó abriendo a medio metro de su rostro la cremallera de su mochila y descubriendo parcialmente el inmenso fajo de billetes que llevaba allí metido en una bolsa de plástico del Carrefour.

—Traiga aquí su mano, póngala así, abierta. Déjeme. Cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos, quinientos, seiscientos, setecientos, ochocientos, novecientos, mil, y uno de quinientos, de los morados, ¿le vale así? Si lo prefiere le doy otros cinco de cien. Mil quinientos euros. Cójalos, cierre el puño. Son suyos. Si me ayuda usted a mí, claro.

Ya estaba perdida. Cuando Lola tuvo agarrados los billetes, pensó en la cantidad de calle y en todas las cosas desagradables que tenía que tragarse para llevar ese dineral a casa, y ya no pudo soltarlos. En una ocasión, unos años antes, tuvo un problema con un cliente que la amenazó con una navaja y ella pasó verdadero miedo, creyó que aquel hijo de mala madre iba a rajarle las tripas. Yo oí sus gritos de auxilio de casualidad, llegué justo a tiempo, y tuve mucha suerte y pude sorprender y desarmar a aquel canalla de un solo puñetazo y

darle después una paliza que no olvidaría en toda su miserable vida. Desde entonces Lola me tuvo siempre mucho cariño y aprecio. Y como sabía que yo necesitaba urgentemente dinero si no quería verme de patitas en la calle, y habiendo yo practicado el boxeo profesionalmente, habiéndome prostituido después, habiendo estado en la cárcel ya en dos ocasiones, y siendo como soy una persona de plena confianza, pensó que mi perfil se ajustaba bastante razonablemente a las peliagudas demandas de Romeo el metomentodo, salvo por la insignificante cuestión del género.